

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LAS

ANGUSTIAS DE MARÍA SANTÍSIMA

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Recedite a me; amare febo; nolite incumbere ut consolemini me.

Dejadme sola; lloraré con amargura; no os empeñéis en darme consuelo.

¡Sagradas melodías! ¡Cánticos de sublime inspiracion!
¡Armoniosos himnos que haceis del augusto recinto un trasunto ligero de la mansion celestial! ¿Por qué venís á turbar con vuestros dulces acordes el profundo silencio que reina en nuestros corazones? El firmamento está enlutado, la naturaleza mustia, el sol ha trasmontado, la luna asoma por Oriente cubierta de negro crespon, las estrellas no vibran, el cielo no tiene su frente serena, el mundo todo está profundamente aletargado con el dolor y pena que le ha causado una horrenda catástrofe. ¡Ah! Alejaos siquiera por unos momentos; no lleneis los aires con vuestro ruido concertado; dejad oír los ecos de una voz dolorida que despedaza el corazon de cuantos la oyen. Es la voz de una mujer desdichada.

¿La oís, mortales? ¡Ah! Es su acento como el de la tórtola que en el horadado tronco gime en tétrica soledad; al par que sus tristes sollozos, brotan de sus ojos torrentes de agua cristalina que riegan dos hermosas mejillas, á semejanza de la límpida fuente que en hórrida soledad brota de entre peñascos de blanco alabastro; junto á esta

criatura desventurada se hallan arrodillados algunos compañeros de su infortunio, cuyas anudadas lenguas no pueden articular ni una sola sílaba que no sea un ¡ay! aterrador; al frente, á los lados y en derredor, yacen tirados entre áridas breñas ignominiosos trofeos de una venganza cruel de que ha sido víctima el Hijo más digno que ha nacido de mujer; no se oye otro lenguaje que el de la amargura, ni otra voz que la de la Madre desolada. Oigámosla: «Dejadme, dice, dejadme sola; lloraré amargamente; no os empeñeis en darme consuelo.» *Recedite a me; amare flebo; nolite incumbere ut consolemini me.*

¿Diré quién es esta mujer desgraciada? ¿Quién es su hijo? ¿Quién se lo ha arrebatado? ¿Quién la ha dejado en tan amarga soledad? Sería decir poco, si no hiciese más que nombrar el cadalso donde ha muerto, los verdugos que lo han crucificado, los soldados que lo han escarnejado, el pueblo que lo ha atraillado, los émulos que lo han anatematizado en su furiosa envidia. No es este el momento en que María llora, ni el en que se ha cerrado toda puerta al consuelo; hay otro de extremo dolor, que podemos llamar dolor de los dolores. Ha muerto Jesus, y María su madre está en pié junto á la Cruz; ha sido desenclavado del madero ignominioso para ser trasladado al sepulcro, y entónces empieza la pasion de la Madre, cuando ya no existia la del hijo. Ved, señores, qué cuadro es este tan aterrador. Ya sobre las altas colinas del ocaso apenas se ven los reflejos del astro del día que se ha ausentado; ya el negro manto de la noche se empieza á desarrollar de Oriente á Poniente, y entre tristes nubarrones apenas asoma su blanca cabellera de luz el planeta de la noche. Cuatro ó seis hombres, y otras tantas mujeres, están detenidos en la cima del Gólgota, y es su posicion tan extática, que parece están enajenados de los sentidos: ¿qué hacen en este lugar, donde sólo se detienen los verdugos, donde no hay otro atractivo que áridas osamen-

tas, y donde apenas se verá más que el espectro de la muerte? ¡Ah! Tienen allá el cadáver de su Maestro; quieren unirlo con aromas y conducirlo al sepulcro; mas nadie se atreve á tomarlo del féretro donde se halla; nadie osa pedirselo á la angustiada Madre, que, en medio de sus dolores, se consuela con imprimir en Él sus ósculos santos. A cuantas súplicas añadan los caritativos discípulos, María no puede contestar más palabras que estas: «Dejadme sola; lloraré amargamente; no os empeñeis en darme consuelo alguno.» *Recedite a me; amare flebo; nolite incumbere ut consolemini me.*

Hé aquí, señores, la triste escena que hoy veneramos en este sagrado recinto, llamados á él por la tierna devoción de una alma religiosa, cuya mayor gloria está cifrada en honrar á esa divina imágen de María con su Hijo en su regazo. Si los himnos sagrados han causado en vosotros sensaciones de júbilo santo, cesen por un momento, para tomar parte en las angustias de María.

Ella ha tenido fuerza para sostener sobre sí al que sostiene en su dedo todo el orbe; ella lo mira y examina en la humanidad exánime; pronto lo llevará ella misma á la sagrada tumba. Pero ántes examinemos lo que pasa en el corazón de la Madre, contemplándola en el dolor de sus dolores.

¡Dulcísima María! Si entre tanto dolor puede tener lugar algun consuelo, permitid á vuestros hijos que, arrodillados á tus sagradas plantas, te recuerden aquel momento augusto en que el Angel te saludó llena de gracia.

AVE MARÍA.

En la gran tragedia del Hombre-Dios no se ven sino escenas tristes, horribles y dolorosas: ora se representan en patios de mármol, ora en dorados salones, ora en las calles y plazas públicas, ora en tribunales y caminos,

concluyendo el triste desenlace en el lugar donde morian los malhechores. Entran en este escenario tantas clases de personas, que apénas es posible contarlas; un amigo aleve, unos discípulos cobardes, esbirros y ministros de justicia, sacerdotes y sabios conjurados, rey y presidente sin conciencia ni ley, verdugos sin humanidad, pueblo sin sentimiento, soldados y jefes sin disciplina, y, por fin, algunas cuantas almas llenas de agradecimiento generoso. Entre tantos agentes de esta catástrofe, no creais, señores, que haya más de tres personajes ni más de dos lenguajes. Son aquéllos Jesus, María, los verdugos; son éstos los dialectos del amor y el del odio. Desde el soldado que apresa á Jesus en el huerto hasta el que le abre el costado en el Gólgota, no hagais distincion, ni de sacerdocio, ni de presidencia, ni de populacho, ni de soldadesca, pues todos se convierten en verdugos; quién encadenando á Jesus y arrastrándole sin piedad; quién pronunciando contra él sentencia injusta; quién azotándolo y coronándolo de espinas; quién enclavándolo al madero; quién insultándolo en la cruz; sea cualquiera su rango, su empleo, su ministerio ú oficio, todos son solidariamente el gran verdugo que consuma la tragedia, sin ser llamado á tan sanguinaria empresa más que por el odio. Su lenguaje tenía que ser conforme á sus acciones, pues procedia de un odio encarnizado contra el amable Jesus.

Este lenguaje resonó en el ámbito de la ciudad deificada, y estuvo hiriendo sin cesar el casto y amoroso oido de la Madre y del Hijo, que eran los dos séres llamados por el cielo á consumir la obra más lamentable que hubo jamás. Entre estos dos divinos amantes es donde reina el lenguaje del amor; allí no articula la lengua, porque el amor atribulado no se lo permite; habla la acción, hablan los ojos, hablan los suspiros, habla la amargura, todo habla en la Madre que acompaña al Hijo, y en el

Hijo que en tan desventurada posicion no dirige á su Madre más que una palabra, la de su despedida. Conclúyese la sangrienta escena, no se oyen ya insultos, ni ruido de azotes, ni estruendo de martillos, ni alborozo de pueblo, ni dicterios de verdugos, ni sarcásticas risas de pontífices, porque Jesus ha muerto, y no habiendo objeto de odio, el lenguaje del odio y de la ira tenían que cesar. Jérusalen se ha encerrado dentro de sus muros, el pueblo se ha calmado, los sayones han desaparecido, el teatro ha quedado solo, para poder percibir el acento amoroso de dos objetos que despues de una separacion horrible han venido á unirse, á abrazarse y á contemplarse.

Pero, señores, ¡qué dolor! Desde el momento en que la Madre se ha reunido con el Hijo en la calle de la Amargura hasta aquel en que espira, média entre los dos una separacion inmensa, que no da lugar á otro lenguaje que el del corazon; intrépida como una heroína, se ha abierto lugar al través del fiero populacho, y al encontrarse con su Hijo, lo contempla en el más degradante estado; coronado de espinas, con una maroma al cuello, con una pesada cruz en los hombros, mesada su bella cabellera, ennegrecidas sus mejillas, hundidos los ojos, lívidos los labios, cárdeno su rostro, y ni el Hijo despliega sus labios, ni la Madre pronuncia una sola palabra; lo sigue, cae con la cruz, es levantado con feroz impulso; llega al Calvario, es desnudado afrentosamente, barrenado con crueldad, elevado en la cruz con horrible aparato, y ni en tan lamentables escenas se hablan la Madre y el Hijo; por fin, Éste empieza á dejar oír su voz casi apagada; habla á su Padre por tres veces, al Buen Ladrón una, al discípulo amado otra; va á espirar, y sólo en aquel soberano lance dice á su tierna Madre una palabra triste, fugaz y aterradora: «¡A Dios, Madre mia; me muero! Mujer, mira á Juan; ese es tu hijo.» *Mulier ecce filius tuus.* Y esta última alocucion del amor queda sin respuesta.

¿Qué es esto, amados míos? ¡Qué! ¿El Hijo no ama á la Madre? ¡Qué! ¿La Madre no corresponde al amor del Hijo? ¡Ay! Sí, ama Jesús á María con amor infinito, y María le corresponde con el mismo amor: no se hablan estos dos amantes, porque los separa á entrambos un océano de dolor, mar horrible, encrespado con furiosas ondas; brama en este piélago el impetuoso aquilón de las pasiones, el insulto del pueblo, el sarcasmo del soldado, la diatriba del sabio; y de vez en cuando retumba el espacio con los golpes, los martillazos, las caídas, sembrando un pánico terror en los dos corazones que andan naufragando en mar tan procelosa, como acaece á los desdichados que, envueltos en olas espumantes, creen perecer cada vez que el cielo despide rayos entre el fracaso de sus detonaciones terroríficas. ¡Ah! Y ¿cómo era posible que se dirigiesen la palabra estas dos lenguas, cuando la blasfemia, el dicterio y el bramido, horriblos ecos del lenguaje del odio, ahogaban el suave dialecto, el acento dulce y armonioso del amor? ¿Cómo se habian de hablar Jesús y María en la escena del Calvario, si á cada instante los separaba el sayon con brazo ensangrentado, el verdugo con clavos y martillos, el soldado con lanza y con dicterio, y el pueblo con furia y gritería? Callaron las lenguas, pero habló el corazón; porque el amor no necesita de palabras sensibles para expresar sus sentimientos más íntimos.

Habló el corazón de la Madre pidiendo al Hijo sus espinas, sus sogas, sus clavos y su cruz, para fijarlos en su cuerpo virginal y librar al Hijo de los tormentos.

Habló el Hijo á la Madre, y con miradas amorosas la declaró mil veces que más sensible le era su dolor que sus mismos tormentos.

Esta mútua comunicacion de sentimientos puso en contacto aquellos dos corazones, que apartados por la violencia de la tempestad, no pudieron darse un abrazo hasta

que uno de ellos no tenía capacidad para las sensaciones por hallarse inanimado.

Este momento cruel fué aquel en que, bajado Jesús de la Cruz, fué puesto en el regazo de su Madre. Oid, madres cristianas; oid, hijos, que sabeis cuánto debeis al amor de las que os han engendrado; oid, todos los que teneis un corazón de hombre, porque todos amais, y pocos habrá que ignoren el martirio de un amor noble, sincero, interno y sublime cuando no es correspondido, ó cuando se ha concluido el objeto amado. Dije que era el tormento de la Madre en tan terrible trance «el dolor de los dolores;» ¿y sabeis por qué? Porque su amor en aquel instante no es correspondido; aquel lenguaje tierno, cariñoso y compasivo que expresaba en los dos amantes atribulados el amor que los unía, ya no existe; María le habla aún, mas nadie la contesta; ensaya otro tan patético como el primero y más expresivo, porque la union de los dos objetos le da ancho campo para hablar, y tampoco es contestada: en vano fija sus sagradas pupilas en las de Jesús; éste ha cerrado las suyas: en vano imprime sus labios en los de Jesús; éste no se mueve: en vano toma su mano y la quiere apretar en su seno; éstas están yertas: en vano une frente á frente, mejilla á mejilla; todo está helado. ¡Qué martirio, señores! ¡Hablar á un objeto idolatrado, y no obtener respuesta! ¡Amar con afecto tierno, sincero, vehemente, y no ver indicio del mismo amor en el objeto amado! ¡Ver á este objeto envuelto en mil penas sin poderlo aliviar, y no tener otro consuelo que unirse á él cuando está sin alma ni sentido!

Este silencio de Jesús era el principio del gran dolor de su Madre; sin embargo, no era el complemento; el amor es fuerte como la muerte, y en María fué tan grande para con su Hijo, que venció á la misma parca; era el amor quien condujera á la Madre junto al suplicio del Hijo; mas ni los verdugos dejaron que la Madre le hiciese